

EL pretendido provincialismo de Ramón López Velarde se ha vuelto un ominoso lugar común. Ni propios ni extraños pueden eludir el calificativo, evidentemente parcial, que a modo de marbete le ha colocado la crítica, y ello es injusto, pues no puede generalizarse para aplicarlo al todo lo que es sólo un aspecto característico de su producción inicial. En efecto, lo que comenzó apuntando al tema se ha hecho extensivo al poeta y ello ha dado por resultado una lamentable confusión de valores, totalizando lo que apenas puede aplicarse a una etapa de su formación espiritual y opacando otras facetas definitivas.



Baudelaire

Los primeros que estudiaron la poesía del jerezano insistieron en su carácter provinciano, aplaudieron por la novedad extraordinaria de ese "tono menor" que el poeta manejaba con tanta destreza, destacaron lo audaz de su vocabulario y los aciertos inusitados de sus tropos; pero ellos sólo tuvieron a la vista *La sangre devota*, libro inicial que ya intentaba imprimirse en 1908. Y a partir de entonces se corea ese juicio de la crítica; la poesía de Ramón López Velarde seguirá siendo provinciana y aun el poeta tendrá que soportar el epíteto por más que sus problemas ya no se localicen en la provincia, aunque su inspiración aliente panoramas personales y aunque su inquietud se arraigue en cuestiones humanas de alcance universal. Porque López Velarde no es nada más ese primer libro, donde la llaneza es resultado de una vuelta completa sobre sí en la cual se han superado todos los problemas que implica la expresión; lo que parece espontáneo es el resultado de una decantación lenta y laboriosa, donde lo que sale a la luz es el mínimo acendrado de emociones y tentativas desechadas.

En López Velarde hay que

LA CULTURA LITERARIA DE



LOPEZ VELARDE

Por Carlos VILLEGAS

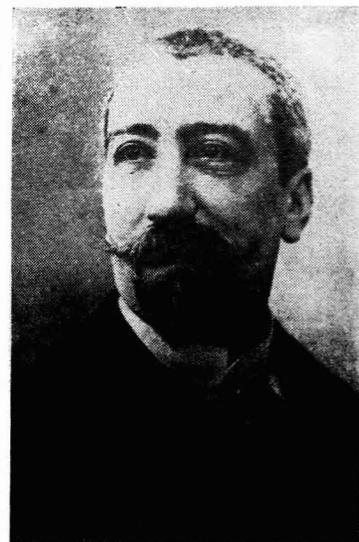
distinguir, claramente delineadas, dos etapas de su poesía que son reflejo de otras tantas etapas de su vida. Una, la del adolescente, que comprende la época de sus estudios vocacionales y profesionales, y que termina más o menos con su llegada a la metrópoli, en suma, lo que de una manera general puede llamarse la época de Fuensanta y de *La sangre devota*. Este es el poeta provinciano, el de las inquietudes juveniles y la pasión de quince años, que añora la plaza de armas, la parroquia del pueblo y los rostros y los aromas familiares. De aquí a *Zozobra*, el otro libro definitivo del poeta, el que señala su etapa de madurez, hay un abismo sentimental y expresivo, por más que sigan existiendo el mismo sensualismo, la misma observación sagaz y un más acendrado horror al lugar común, que parece ser una de sus normas espirituales más imperativas. Y todavía, al final de su vida, se insinúa una vuelta a lo primitivo, un regreso al primer punto de partida que marca su libro inicial. En efecto, si comparamos "La suave pa-

tria" con los poemas mejor logrados de *La sangre devota* veremos que, salvando las naturales distancias recorridas en diez años de adiestramiento y evolución poéticos, los temas son los mismos, aunque el tratamiento de conjunto sea una novedad y la audacia verbal mucho mayor.

Bien está, pues, que a esa primera etapa de su poesía se le llame provinciana; podría estarlo, quizá, si se alude a esa parte final de su obra que habría desarrollado de haber vivido unos años más; pero no lo está de ninguna manera si se quiere aludir a una ingenuidad espiritual y a un talento natural apenas informado de las corrientes de su época. Su estilo es un hallazgo con que culmina esa búsqueda intensa que de la expresión realiza todo aquel que quiere cuajar una obra consistente. El mismo se refiere a ese buscar afanoso de sus años mozos cuando en compañía de Enrique Fernández Ledesma corría y tropezaba tras el tono del verso, tras el "metal" de su propia voz. Y creo que lo encontró hacia 1907. Por esa época debió leer

cuanto libro de versos tuvo al alcance de su mano, pues un año más tarde publicaba en *Kalendas*, revista de Lagos, Jalisco, el poema "Domingos de provincia", en que ya aparece, con leves variantes, el texto definitivo que publicó más tarde en *La sangre devota*.

Es natural pensar, pues, que los hallazgos ulteriores de su poesía se debieron a su formación intelectual, y especialmente literaria, que a partir de entonces rebasa las fronteras de lo nacional y continental para situarse en Francia, que desde el siglo XIX tanto tiene que ver con la poesía de América española.



France

Ya desde la adolescencia había recibido los fundamentos de una maciza cultura humanística en el Seminario de Aguascalientes, y posteriormente había tenido oportunidad de refrescar su latín mientras realizaba sus estudios de Derecho. Ya no abandonaría la devoción de los clásicos antiguos, especialmente de Virgilio, a quien glosa con frecuencia. Pero desde su llegada a la capital los autores franceses llenan sus preferencias, que quizá se habían inaugurado tiempo atrás con Baudelaire. En un poema de su primer libro confiesa que a Baudelaire debió el trasponer la etapa inicial de su evolución poética, y es seguro que, además de esa influencia decisiva que marca en él más de un sendero, bebió también en Montaigne, de cuyo escepticismo participaba y de quien le impresionaba sobre todo aquello de que "todo nuestro aprendizaje filosófico se reduce a aprender a morir"¹ y que tan bien encajaba con su atormentada sensibilidad de frustración. Da idea de que lo conocía bien, asimismo, su obstinación en comentar a este autor una noche inclemente a la intemperie que le ocasionó la enfermedad que nos lo arrebató. También proviene de

Montaigne la dolorosa sensación del tiempo ido.

Es patente que leyó también a muchos de los románticos y parnasianos franceses: Daudet, Gautier, Leconte de Lisle, "el que puso en verso las ridículas bondades", Coppée, Roland, Mme. de Sévigné, Chénier, Francis Jammes, Banville, d'Aureville, Rousseau, Chateaubriand, Verhaeren...; no ignoró a los contemporáneos, pero su autor preferido era Anatole France, que tan bien conocía y que tanto admiraba; llega a llamarlo "nuestro fetiche" y lo cita continuamente sin escatimarle elogios.²

Entre los autores españoles de su predilección figuran Lope, cuya obra teatral da muestras de conocer diversos aspectos, Cervantes, Garcilaso, Kempis, Fray Luis de León, Ruiz de Alarcón, Gracián, Raimundo Lulio y, en fin, Góngora, a quien llamaba "maestro" y de quien parece haber preferido los sonetos y los romances. También leyó a diversos autores modernos y contemporáneos: Bécquer, Calderón, Martínez Sierra, Valle Inclán, Marquina, Villaespesa, Manuel Machado y Unamuno, a quien atacaba sin piedad diciendo que no debía escribir versos.

También estaba al día, en cuanto puede eso ser posible en nuestro medio y en su época, de la producción de América española: Luis Carlos López, Leopoldo de la Rosa, Guillermo Valencia, Herrera y Reissig, Torri, Rosado Vega, Chocano, además de aquellos que eran sus amigos personales, como González Martínez, Rafael López, Tablada, Camín, etc., y naturalmente, las cumbres mayores: Darío, Neruo, Othón, Gutiérrez Nájera, Lugones, especialmente el último que, como se sabe, le mereció el calificativo de "sumo poeta" y a quien aludía frecuentemente como prototipo de virtud poética.

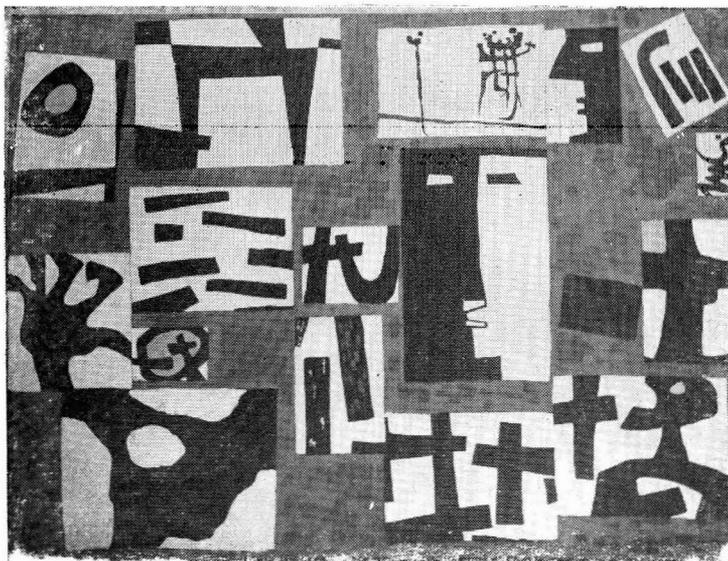
Su cultura literaria, pues, estaba muy por encima de lo común tratándose de quien, como él, tenía que vivir "exprimiéndole algo y algo a la profesión". ¿Qué tiene de raro que sus temas, aunque se sitúen a veces en la provincia, sean los del hombre universal: el amor, la religión, la muerte?...

1 "El señor invierno" Cf. Elena Molina Ortega, *El don de febrero y otras prosas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1952.

2 Probablemente leía a estos autores en su lengua, como lo sugiere el hecho de que al citar al correr de la pluma *La révolte des anges* la llama la "Reuelta"...; es bien sabido que la traducción habitual es *La rebelión de los ángeles*.

ARTES PLASTICAS

Por J. J. CRESPO DE LA SERNA



Goeritz: *El cuadro de los cuadros*



Goeritz: *Tú mano*

EL ARTE DE MATHIAS
GOERITZ

ESTE alemán romántico y eufórico tiene una inquietud contagiosa. Bu-cea en todo. Le atrae todo. No se ha conformado con haber establecido un contacto estrecho con el hombre de las cavernas, interpretando, con sentido nuevo, su balbuciente pero vigoroso mensaje. Su espíritu está siempre abierto, como si tuviera poderosas antenas receptoras, a lo que sirva para la exteriorización concreta de visiones o de enlequeñas de la mente, en cualquier momento de la vida. Por eso, ensaya hacer pintura, luego somete la materia a la fuerza y la voluntad de sus dedos, retorciéndola, atenuándola, perforándola, estrujándola, hasta sacar de ella formas que respondan a sus estados anímicos, y más tarde somete otros materiales a sus caprichos para producir una arquitectura, a la vez espectacular y misteriosa. Conversa, sonríe, tiene la "bonhomie" de quien sabe comprender y tolerar y angustiarse y alegrarse con lo que le pasa a la humanidad. Todo esto se traduce en su arte. Un arte inquieto, de continua experimentación, un arte que es resultado del hombre actual, situado en una encrucijada de caminos y de dolores, pero que sabe entrever, aquí y allá, el remanso y la estrella.

En su gran exposición de la Galería Proteo, realizada a principios de mayo, hemos podido comprobar su multivaria actividad, no sólo por las fotografías de los proyectos integrados a la arquitectura, o las realizaciones hechas como el *Perro del Pedregal*, que es tan famoso, o la *Gran Mano Divina*, en una iglesia recién reformada, o su ensayo arquitectónico de "El Eco", sino por el contingente de esculturas que ha enviado, junto con dos o tres pinturas. En lo que descuellan, es, empero, en la escultura. Goeritz es escultor, cuando pinta y cuando "hace" arquitectura. Concibe la expresión artística como un todo unitario y de tres dimensiones, por eso es en lo escultórico donde está mejor. Su arte es un arte de síntesis, y más que eso, de esencias. En cierto sentido sigue una norma, tal vez inconsciente, del expresionismo que tan rico florecimiento ha tenido en su país. Encuentro en sus esculturas, al lado de un estilamiento de tipo actual, una supervivencia de formas góticas, por lo menos en su espíritu. Ha llegado a una depuración ascética del dato real, pero no se diluye en lo frío de una ecuación en-